

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVII

Agosto de 1950

Núm. 302-303

Alessandri

SÚBITAMENTE, como uno de esos grandes robles que fulmina el rayo en la montaña, ha rendido su tributo a la muerte, el último de su vibrante y generosa existencia, el ilustre ciudadano de la República don Arturo Alessandri Palma.

Tras una fecunda existencia consagrada por entero a servir a la patria, se ha doblgado la poderosa vitalidad del chileno más preclaro de estos tiempos. Y ha muerto como esos ciudadanos de Grecia o de Roma que miraban a la muerte sin temor, como una etapa de transformación natural de la materia que al reintegrarse a la tierra, madre común de todo lo que alienta sobre ella, deja tras de sí la huella luminosa de un gran espíritu, cuya riqueza emocional fué para este país como la lluvia vivificadora que hace fecunda la sementera en donde se esparció la semilla.

Y esto fué el hombre eminente que acaba de dormirse en el gran reposo. Su envoltura material se identificará de nuevo con aquello que estableció la inexorable sentencia bíblica: «tierra eres y en tierra te convertirás». Y al lamentar su ausencia, al llorar su partida no es porque se haya ido definitivamente, puesto que es ahora cuando lo tendremos íntegramente metido hasta la médula en el alma de la ciudadanía. Echaremos de menos su figura ya familiar para todos los chilenos, que no le verán pasear por las calles de esta ciudad a veces sin más compañía que la de su bastón que le gustaba llevar con las manos a la espalda. Y era en esos momentos cuando los niños al verle pasar decían: Ahí va don Arturo.

No era necesario decir más porque todos sabíamos quien era don Arturo. Era como un tesoro de la nacionalidad chilena. Como la viva representación de una figura que ya hacía tiempo que pertenecía a la historia. Vivió sin desmentir un instante la calidad de su estirpe. La aristocracia espiritual de su linaje. Había vivido intensamente para amar y batallar en las lides de una existencia que para él no ha tenido otra tregua que la de este sueño de eternidad, al que ahora se entrega, después de haber hecho todo lo que puede realizar un espíritu superior en el servicio de la sociedad en que vive.

Y es que en don Arturo Alessandri había una condición humana que era una de sus características más sobresalientes. En todas las empresas ponía íntegramente el fervor de poderosa vitalidad. Amaba la vida y sabía rendirle culto a la belleza en todo lo que hay de más hondo y de significativo en ella. Y su cualidad suprema era la de la lealtad con todos sus amigos. Son muchos, acaso forman legión los que ahora sienten el corazón en un puño, al llorar su ausencia. Porque por encima de los avatares de la política, por encima de todas las insurgencias y rebeldías que provocan las circunstancias en un momento determinado, don Arturo jamás olvidó que la amistad sincera era uno de los sentimientos más puros que puede albergar el espíritu del hombre y que la pasión y la intransigencia partidista, tenían en el rodar del tiempo una tregua que suavizaba las asperezas de la lucha, para dejarle paso a la dulzura reconfortante del afecto.

A lo largo de la caudalosa y fecunda actividad de su vida, los chilenos supimos también que había en su espíritu un temperamento de hombre sentimental, en quien el amor ejercía su dominio con fuerza avasalladora. No podía ser de otro modo. En la vida de un hombre como Alessandri, quizás si este aspecto sea el que ofrezca mayores originalidades cuando se conozca a fondo los detalles de su intimidad, para quien emprenda la ingente tarea de realizar su biografía.

Desde aquellos tiempos en que siendo un muchacho escribe

para solaz de sus compañeros de Academia, en el colegio, una composición que titula: «Historia de un rayo de luna», hasta los años de su gloriosa ancianidad, su intensa actividad no conoció el reposo. Diputado al Congreso Nacional cuando todavía era un mozo imberbe, después de ganar su elección, recorriendo a caballo todos los caminos de la provincia que lo eligió, inicia de este modo, personalmente, el contacto directo con el hombre del pueblo, cuya condición le interesó desde los primeros momentos de su actividad política. Joven, de extrema juventud, forma parte del Gabinete de don Federico Errázuriz Echaurren desde el cargo de Ministro de Industrias y Obras Públicas. Y de este modo, vigorosamente, va poniendo de relieve las condiciones más generosas de su talento y de su sensibilidad.

Un día le llaman de Tarapacá, en donde se había constituido un verdadero feudo político. Las condiciones en que se ofrecía la candidatura a senador por esa provincia eran en extremo difíciles. Se cuenta que el poderoso cacique político que tenía en sus manos la fuerza electoral más fuerte, y desempeñaba la senaturía de esa provincia exclamó sonriendo con satisfacción, cuando le dijeron que sería don Arturo Alessandri su contendor: «Está bueno. Así mi triunfo será más fácil». No contaba con las energías que desarrollaría el joven candidato. No pensó en que tenía éste un elemento que en la política suele ser decisivo para conquistar el éxito. Era la calidad de orador magnífico de don Arturo. Sabía electrizar a las muchedumbres, sabía comunicarles como una corriente de imantada atracción magnética, todo el sugestivo influjo de su simpatía, de su cálido fervor convincente, de su apasionado amor por la causa que defendía. Consiguió de este modo el triunfo más resonante. Nada pudo en contra de su fascinadora elocuencia, ni la intervención más ostensible. Ni siquiera el poder brutal de los fusiles cuando en las calles de Iquique amenazaron su vida.

Era un predestinado, un conquistador irresistible. En las fiestas centenarias de la Argentina, obtuvo en Buenos Aires, uno de los más brillantes triunfos como orador, en quien se aunaba la

fluidez de su expresión con la belleza de las formas y la hondura de los conceptos. Y fué así, de este modo, como su personalidad se fué imponiendo en todas las batallas de su agitada lucha, hasta llegar en el año de 1920 a ocupar la Presidencia de la República. Fueron esos días de la campaña de verdadero frenesí, de delirante y tumultuoso entusiasmo en las multitudes, que rugían como un vendaval desatado en pleno océano, al verlo aparecer en los balcones de su casa de la Alameda de las Delicias cuando iba a dirigirles la palabra. Era para ellos la voz mesiánica, el acento hondo y saturado de comprensión humana que les tocaba directamente el corazón.

Pero como todos los grandes hombres, sufrió también desvíos, querellas odiosas, ingratitudes. Un día le vimos partir camino del destierro, arrancado del solio presidencial por una revolución que no trajo a la patria nada provechoso, y en cambio dió ocasión a una sucesión interminable de motines y de revueltas de quienes sin mayores títulos deseaban encimarse en el poder.

Mas el influjo mágico de la personalidad de Alessandri le trajo de nuevo a la patria sin que él hiciera nada por obtenerlo. Estaba en Roma cuando recibió el telegrama en que todo el pueblo de Chile solicitaba su vuelta al país. Y en esa ocasión se le recibió en medio de una verdadera apoteosis. Acaso ni los vencedores de una guerra recibieran el homenaje tan apasionado de todo un pueblo que le había convertido en el ídolo de todas sus reivindicaciones sociales.

Desde la tribuna parlamentaria y asimismo desde su elevado cargo de Presidente de la República, la gran preocupación suya fué la elevación del nivel cultural del pueblo y el mejoramiento de sus condiciones de vida. Todas las leyes sociales que propició e hizo aprobar, constituyen un verdadero evangelio de amor humano, de irrefrenable anhelo por hacer más alto el destino del hombre de su país. De que viviera con mayor dignidad. Las leyes del seguro obrero y de educación primaria obligatoria se deben exclusivamente a su tenaz afán, a sus desvelos, a su interés permanente

por hacerlas aprobar. Otro tanto se puede decir de su perseverancia para conseguir las leyes de previsión de empleados públicos y particulares. La creación del Banco Central, la solución del viejo problema de Tacna y Arica, la reforma de la Constitución Política de Chile, que databa desde el año 1833, y fué renovada por él en 1925; la separación de la Iglesia del Estado, y un sinnúmero de problemas que afectaban la vida civil de Chile se deben a su labor titánica, a su actitud de hombre que permanecía en la brecha sin fatigarse jamás.

Don Arturo Alessandri trabajó con igual tenacidad por que la paz se afianzara en todo el continente americano. Son memorables sus intervenciones en este sentido y la última para poner fin al cruento conflicto del Chaco, constituye una de las páginas más enaltecedoras de su acción como ciudadano de América.

La cultura del país le debe al señor Alessandri una serie de leyes destinadas a mejorar la educación pública, tanto en lo que concierne en la parte material, como en sus métodos. Y la Universidad de Concepción, que mantiene esta revista que le rinde su más acendrado homenaje, recibió en innumerables oportunidades el beneficio de su valiosa acción, en su marcha hacia el progreso que hasta ahora ha alcanzado. El año pasado, don Arturo Alessandri ocupó la tribuna universitaria para darle a conocer a la ciudad penquista su pensamiento acerca de uno de los más interesantes problemas que preocupaban al país.

Y ahora duerme después de una larga e intensa jornada, en la cual jamás se dió reposo. Duerme en la eternidad, y en la eternidad vivirá, sin embargo, su recuerdo que se agigantará más y más en la perspectiva del tiempo que destaca los valores humanos, con mayor ecuanimidad y con el verdadero relieve que merece un hombre superior. El oleaje de las pasiones ha ido a morir en la sombra anónima de lo que no tuvo grandeza. Y entonces se levanta como una luz inmortal para iluminar el camino de un pueblo

hacia su destino, la obra generosa de un hombre que no tuvo otro sueño y otra ambición que servir a su patria y a la humanidad.

Don Arturo Alessandri había nacido en 1868. Su muerte física ocurrida en este año de 1950, marca la fecha de su camino hacia la inmortalidad.